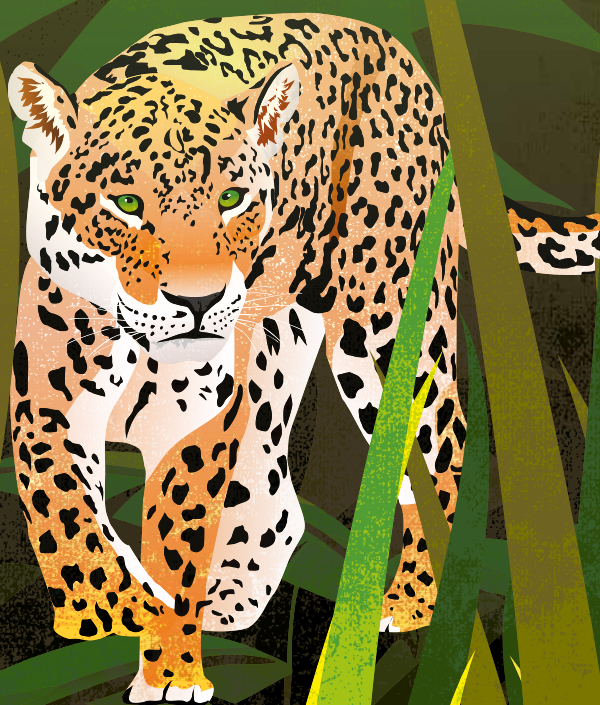


*Aventura, misterio y leyendas ocultas.
¿Te atreves a descubrirlas?*

CÉSAR MALLORQUÍ

LA CRUZ DE EL DORADO

PREMIO
edebé
DE LITERATURA
JUVENIL



LA CRUZ DE EL DORADO

CÉSAR MALLORQUÍ

**LA CRUZ
DE EL DORADO**

edebé

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil, según el fallo del Jurado, compuesto por: Teresa Colomer, Robert Saladrigas, Emilio Teixidor, Vicenç Villatoro y Carlos Zamora. Actuó como secretaria, sin voz ni voto, Anna Gasol.

© César Mallorquí

© Edición: Edebé, 2026

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebe.com

Directora de Publicaciones Generales: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Coordinadora de producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de cubiertas: Aurora Iraita

Maquetación: Baber comunicació, SL

1.^a edición en este formato, enero 2026

ISBN: 978-84-683-7693-6

Depósito legal: B. 19358-2025

Impreso en España

Printed in Spain



PEFC14-38-03002 www.pefc.es

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Este libro está dedicado a la memoria de Carlos Euba.
Y a Jaime y a Íñigo. Y a Victoria.*

CAPÍTULO UNO

*Donde se explica quién soy
y cómo el azaroso destino me condujo
a las lejanas tierras de ultramar.*

Antes de comenzar este relato debo advertir al desprevenido lector que nada hay en mi historia de edificante o ejemplar, sino más bien al contrario, pues se trata de una crónica donde la codicia y el engaño campan por sus fueros.

Aunque, bien mirado, de un mal ejemplo siempre pueden sacarse buenas enseñanzas. Como decía mi padre: «Si quieres conocer a un hombre, no dejes de examinar la lista de sus pecados». En definitiva, de eso trata mi relato; de mis pecados, de mi desmedida ambición y de las increíbles aventuras en las que, por mi mala cabeza, me vi inmerso.

Cierto es que el azar tuvo mucho que ver con los extraños derroteros que tomó mi vida en aquellos tiempos ahora tan lejanos. ¿Quién iba a imaginar que una Biblia fuese a contener algo más que la palabra de Dios? ¿Y cómo podía yo sospechar que el casual encuentro con un viejo borracho tendría, a la larga, tanta importancia?

No, amigos míos, fueron los caprichos del destino la causa de que mis pasos se unieran a los de un misterioso asesino, y la razón que me llevó a abandonar las embriagadoras ciudades que seestean acunadas por las cálidas aguas del Caribe para cruzar selvas y desiertos, llanos quemados por el Sol y montañas altas como el cielo.

Pero estoy adelantándome a los acontecimientos. Por aquel entonces todavía no había oído hablar de don Íñigo de Saavedra ni de la portentosa cruz de El Dorado, de modo que, puestos a comenzar el relato, mejor hacerlo por el principio que por el final.

Me llamo Jaime Mercader y nací el veintiuno de junio de 1887 en Aranjuez, un pueblo de la provincia de Madrid del que no guardo el menor recuerdo, puesto que salí de él durante mi más tierna infancia.

Nunca conocí a mi madre, Dolores Espina, por la sencilla razón de que abandonó a mi padre cuando yo solo contaba once meses de edad. Aunque mi padre jamás dio excesivas explicaciones al respecto, he podido deducir que fui concebido de forma

furtiva y, desde luego, sin previo paso por la vicaría. Al parecer, mi madre, que a la sazón era una joven-cita de dieciséis primaveras, trabajaba como doncella en el Palacio Real de Aranjuez cuando quedó encinta. Al conocerse su estado fue inmediatamente despedida, e igual suerte corrió mi padre, por aquel entonces un apuesto mozo de diecisiete años empleado en las caballerizas reales.

Las familias de mis respectivos progenitores montaron en cólera al conocer la noticia del inesperado embarazo, de modo que se formalizó una rápida boda y todo el mundo se puso a fingir que allí no pasaba nada. Luego, como es natural, nació yo.

Pero entre los planes de la joven Dolores, mi madre, no figuraba una temprana maternidad. Lejos de ello, llevaba tiempo acariciando la esperanza de trocar su empleo en la Real Residencia de Aranjuez por otro en la Corte de Madrid. Era una mujer de espíritu cosmopolita, no cabe duda, y verse expulsada de palacio debió de suponerle una seria decepción. Aunque peor fue, imagino, encontrarse repentinamente atada a un marido y al mamoncente que yo era en esos tiempos.

De modo que, un buen día, Dolores Espina desapareció de Aranjuez y jamás volvió a saberse de ella. Más tarde, llegué a sentir cierto resquemor —también a mí me había abandonado, ¿no es cierto?—, pero un día mi padre me sentó frente a él y dijo:

«Tu madre tuvo la lucidez de alejarse de mí como gato escaldado del agua caliente. Y eso, hijo mío, no es muestra de maldad, sino de inteligencia. Nunca lo olvides».

El caso es que, a partir de entonces, fue mi padre el que se ocupó de mi cuidado y educación. Durante un año me confió a un ama de cría y, después, alegando que había más futuro en Madrid, hizo las maletas, me cargó en sus brazos y juntos nos embarcamos en el tren que conducía a la capital del reino.

Supongo que ha llegado el momento de hablar de mi padre. Se llamaba Fernando Mercader y había nacido en Seseña, un pueblo próximo a Aranjuez. Él era... ¿Cómo explicarlo sin que resulte demasiado áspero?... En fin, sonará mal lo cuente como lo cuente, de modo que me dejaré de circunloquios. Mi padre era un jugador de ventaja, un estafador, un farsante, un pícaro, un charlatán y un mentiroso, entre otras muchas cosas de similar catadura. Y no lo digo con malicia, sino por respeto a la verdad. Tal era la profesión de mi padre: se ganaba la vida con los naipes, o timando al prójimo, o dedicándose al contrabando, o con cualquier otra tarea situada unos cuantos pasos más allá de la frontera que trazan las leyes.

Desde mucho antes de mi nacimiento, Fernando Mercader era conocido por su astucia e inteligencia, pero también por su mala cabeza. Siendo aún muy

joven ya frecuentaba las timbas ilegales, apostaba en las carreras de caballos y organizaba combates de boxeo clandestinos. Luego, tras el fracaso de su matrimonio, careciendo de oficio y trabajo, con un bebé a su cargo y sin ningún futuro, decidió dedicar un año, el año que yo pasé al cuidado de un ama de cría, a perfeccionar sus habilidades. Después, convertido ya en un tahúr profesional, nos trasladamos a Madrid en busca de nuevos horizontes.

Y no cabe duda de que era bueno en la peculiar profesión que había escogido, porque, gracias a su ingenio y a la agilidad de sus dedos, logramos vivir con razonable comodidad en la capital durante más de diez años. Hasta que se cruzó en nuestro camino el marqués de Bretanville... Pero no nos adelantemos.

Si transgredir la ley convierte a alguien en delincuente, mi padre lo era. Pero jamás empleó la violencia ni abusó de los más débiles. Por lo demás, era un hombre de trato agradable y jovial, nunca probaba el alcohol ni montaba escándalos y, en lo que a mí respecta, siempre fue cariñoso y atento, jamás me pegó y en ningún momento permitió que me faltara nada de lo necesario. Si quieren mi opinión, fue el mejor padre que un muchacho pudiera desear.

Nunca pisé una escuela, pero mi padre se mostró inflexible en cuanto a mi educación. Él era un autodidacta y, de forma un tanto dispersa, me enseñó a leer y escribir, un poco de latín, inglés y francés,

mucha geografía, nociones de arte y filosofía, y sobre todo matemáticas. «Los números gobiernan el universo, y también los naipes, no lo olvides», solía comentar.

Y es que, junto a una educación, digámoslo así, convencional, mi padre puso gran empeño en instruirme en los secretos de su oficio. Me enseñó todos los juegos de cartas que conocía, que eran muchos, y también la forma de hacer trampas en todos ellos. Me enseñó a evaluar las posibilidades de un caballo de carreras o de un galgo corredor. Me enseñó a manejarme con pericia en un casino. Me enseñó a captar la psicología de las personas. Me enseñó, en definitiva, todo aquello que precisa un timador para ejercer con habilidad su trabajo.

Sé que esto puede parecer escandaloso, pero hay que intentar comprender el punto de vista de mi padre. Él sabía que la gente de nuestra clase y condición ocupa el lugar más bajo en la escala social, y que el único medio para sobrevivir en la selva del mundo es ser más listo que los demás. De modo que se afanó en instruirme en lo que mejor conocía: el arte del engaño y del fingimiento.

Con todo, mi padre puso especial cuidado en proveerme de una amplia cultura general. Recuerdo que solía decir: «Las pasiones nos igualan a todos, la diferencia está en los modales. Entre un gañán y un caballero no hay más frontera que las apariencias.

Después de comer, el gañán eructa como un becerro; el caballero, por el contrario, se lleva una mano a la boca y simula una tos. El eructo es el mismo, lo único que varía es la elegancia del gesto. Cultívale, Jaime, hijo mío, y aprende a ser un camaleón entre los caballeros».

Así que, cuando yo apenas contaba nueve años de edad, mi padre trajo a casa las obras completas de Shakespeare y me obligó a leerlas por orden alfabético. Luego seguí con Cervantes y Quevedo, con Milton y Dante. En una vorágine lectora que en el fondo no me era desagradable, mezclaba *El lazarillo de Tormes* con las últimas novelas de Galdós, *Las leyendas* de Bécquer con los folletines de Dumas.

Y mientras yo leía incansablemente, al tiempo que ejercitaba mis dedos haciendo girar una mone-da entre ellos, mi padre se ganaba nuestro sustento. Solía participar en timbas de naipes, o en las apuestas hípicas clandestinas, y, de vez en cuando, daba algún que otro timo. No vivíamos con lujo, pero tampoco pasábamos estrecheces.

Hasta que un día, corría el mes de diciembre, mi padre se presentó a media mañana en el pequeño piso de alquiler que ocupábamos en el barrio de Chamberí y se puso a hacer las maletas con evidente premura. Le pregunté qué ocurría y él me contestó:

—Nos vamos, Jaime; haz tu equipaje. Y no te entretengas, que andamos con prisas.

¿Nos íbamos? ¿Adónde? ¿Cuándo? ¿Por qué? Formulé tales preguntas con la alarma y la vehemencia propias de la juventud, y mi padre, entonces, se aproximó a mí y me dijo con gran seriedad:

—Jaime, voy a contarte una fábula: Había una vez un zorro muy listo, el que más conejos y gallinas atrapaba. Tan buen cazador era que él mismo llegó a creerse el rey de los depredadores. Y entonces pensó que por qué conformarse con conejos y gallinas; siendo tan listo, podía aspirar a piezas de mayor envergadura. De modo que, un buen día, salió a la caza de un león. Huelga decir cuál fue el final de la historia. El zorro acabó malparado, y fue a causa de un exceso de ambición. Pues bien, hijo mío, tu padre es un zorro que se pasó de listo y, en tales circunstancias, lo único prudente es salir huyendo con el rabo entre las piernas. De modo que no perdamos más el tiempo y hagamos el equipaje.

Esa misma mañana cogimos un tren con destino al Sur. Durante el trayecto, mi padre no volvió a comentar las razones de nuestra huida, y como el tema parecía incomodarle, no pregunté nada más al respecto.

Tiempo después, supe que mi padre, aburrido de los pequeños timos, había decidido embarcarse en una empresa de mayor entidad, para lo cual escogió a un aristócrata de origen francés, el marqués de Bretanville, a quien quiso estafar vendiéndole unas

propiedades que no solo no eran suyas, sino que ni tan siquiera existían. El marqués descubrió el engaño y montó en cólera. Así que mi padre se vio forzado a escapar urgentemente, tanto de la justicia como de los matones que el vengativo aristócrata había contratado para matarle.

Esa fue la causa de aquel repentino viaje a Cádiz, y el motivo que nos llevó a embarcarnos en el primer vapor transatlántico que encontramos. Porque cuando mi padre dijo que nos íbamos no se refería solo a dejar Madrid, sino España. Nuestro barco se llamaba *Covadonga* y tenía por destino América, el Nuevo Mundo.

Yo contaba entonces trece años y medio de edad, y el paso del siglo XIX al siglo XX me alcanzó en alta mar.



